

EL ANALISTA EN LA PSICOSIS

En *El Rodaballo*, novela publicada en 1977, Günter Grass narra la historia de un pescador neolítico que captura, precisamente, un rodaballo, pez plano de forma casi circular, quien a cambio de su libertad le promete su consejo y constituirse en su preceptor en su eterna querrela contra la mujer. El rodaballo, que se instituye como una suerte de autoconciencia hegeliana en la que el saber absoluto y toda la historia están contenidos, observando los estragos del matriarcado, dice al pescador:

“¡Ha llegado la hora, hijo mío! El Neolítico, como llamamos a la Edad de Piedra más reciente, ha entrado en su fase final. Desde Mesopotamia, por el delta del Nilo y hasta la isla de Creta, fomentada por la energía masculina, se extiende una alta cultura. Allí se ve a las mujeres cultivar los campos y moler en morteros de piedra el grano recogido. Allí no son irremediables las hambres. No, cerdos y vacas se multiplican en rebaños. Siempre hay reservas. Se construyen viviendas duraderas. De las hordas y los clanes surgen las tribus. Reinan los reyes Horus. Los imperios limitan con imperios. Y los hombres se alzan en armas. Saben por qué luchan: por la heredad heredada. Sin embargo, vosotros seguís cenagados en la lujuria y no sabéis lo que quiere decir procrear. La madre fornicaba con el hijo. La hermana no sabe que es su hermano quien la contenta. Sin sospechar cubre el padre a la hija. ¡Todo inocentemente! ¡Lo sé! Sí señor, dependéis de esas tetas. Nunca tenéis bastante. Eternamente mamones. Pero, ahí afuera, el futuro ha plantado ya sus banderolas. La naturaleza no quiere ser mujerilmente padecida, sino virilmente doblegada. Abrid canales. Desead marismas. Repartid, labrad y poseed la tierra. Engendrad el hijo. Dejad una herencia. Habéis mamado dos mil años de más, pero los mamados habéis sido vosotros. Os lo aconsejo: quitaos del pecho. Tenéis que destetaros. Hijo mío, ¡deja de mamarla de una vez!”¹

Soslayando la alusión al patriarcado como una necesidad histórica que hubo de permitirle al hombre sustraerse de la dimensión mortífera del goce femenino inherente a toda sociedad matriarcal (la muerte del patriarcado, del despotismo masculino, conduciría, según el Rodaballo, al retorno de la tiranía de la mujer y a los hombres a ser nuevamente estragados por el Otro materno), podemos observar algunos elementos conceptuales relacionados con la metáfora paterna (su presencia y su ausencia) y sus efectos sobre el sujeto. Porque, como sostiene Lacan, el Edipo no es una imagen patriarcal², no se trata aquí de ese vago término al que podemos denominar ‘patriarcalismo’, de la imagen masculina aparentemente necesaria, sino del Padre, de su Nombre, en tanto función, en tanto marca inaugural de una sucesión, de un linaje (“Engendrad el hijo. Dejad una herencia”). Y no solo se trata del Padre en un sentido lógico, es decir, del Padre como número, como significante, como “punto de basta” (con

¹ Grass, G. (1982), *El Rodaballo*, trad. Miguel Sáenz, Barcelona, Plaza & James S.A., pp. 36-37.

² “El mito del Edipo produce de alguna manera dificultad, ¿no es cierto?, porque presuntamente instaura la primacía del padre, que sería una especie de reflejo del patriarcado. Yo quisiera hacerles sentir algo, que... en fin, aquello por lo cual, a mí, por lo menos, no me parece de ningún modo un reflejo del patriarcado. Muy lejos de eso. Él nos hace aparecer solamente esto: un punto de abordaje por donde la castración podría ser ceñida por un abordaje lógico, y de esta manera que yo designaría por ser numerable. El padre, no solamente está castrado, sino que está precisamente castrado al punto de no ser más que un número”. Lacan, J., *El seminario 18. De un discurso que no sería (del) semblante*, trad. y notas de Ricardo E. Rodríguez Ponte, Escuela Freudiana de Buenos Aires, pp. 16-17.

toda la resonancia que este 'basta' tiene), sino de lo que ese significante produce, de lo que su intervención, su interdicción (o la falta de esta) desencadena.

La presencia (supuesta) de un significante situado en la metáfora paterna como el que "redobra en el lugar del Otro al significante del Otro mismo"³, es decir, el efecto metafórico del significante Nombre del Padre, posibilita la inscripción del sujeto en las redes de la significación fálica. El Nombre del Padre supone un corte traumático de la serie maternal, una sucesión ordenada según otra lógica, "innumerable", como dice Lacan, en tanto falta la marca inicial, el origen mítico, que permite una serie dinástica. La significación metafórica debe responder "¿qué soy ahí?"⁴, pasar la existencia y el sexo al discurso. Con la sustitución del deseo de la madre por el Nombre del Padre, el significante del padre hace surgir una significación (fálica) que le da sentido al ser del sujeto. En otras palabras, la intervención metafórica es una operación que produce el salto a una lógica diferente.

La simbolización primaria recae sobre el Otro, la madre, que debe ponerse para el niño en "una relación de objeto en lo real"⁵. El Otro materno se convierte en un significante mediante la simbolización de su vacío, lo cual significa que la ausencia real adquiere su alcance interrogando su sentido. El deseo de la madre (DM) es el significante promovido por la simbolización de su vacío real, cuyo significado se escribe con una "X", leído como enigma de su deseo: "¿qué quiere ella?" (DM/x). Lacan sitúa a partir de allí la paranoia, en la que falta la segunda operación metafórica, la metáfora paterna, que sustituirá mediante el Nombre del Padre este primer significante del deseo de la madre: $\frac{NP}{DM}$. Hay una incidencia a nivel del sujeto del Nombre del Padre sobre el goce. Esto es lo que significa, por otra parte, la prohibición del incesto: "es gracias al Nombre del Padre que el hombre no permanece atado al servicio sexual de la madre"⁶. La metáfora paterna supone una limitación, una castración del goce, operando una separación entre deseo, en tanto deseo del Otro, y el goce, como goce de la Cosa. El padre simbólico, en su posición de importuno⁷, es el significante que otorga autoridad a la ley, que promulga y autoriza su Texto. El Nombre del Padre es lo que representa al Otro en el Otro, en tanto sede de la ley que está al servicio del deseo. Sin esta intervención metafórica del padre, como significante que hace sustitución, solo queda el goce mortífero y la imposibilidad de responder al deseo del Otro. De esta manera, la función del padre, como punto de capitón, no tiene por objeto obturar la fuga de sentido, sino antes bien localizarlo, habilitar una orientación (en el discurso y en la acción).

¿Qué sucede en el sujeto, cuando en el Otro, en tanto lugar del lenguaje, del que depende lo que pasa a nivel del sujeto, hay un defecto de la metáfora paterna? ¿Qué produce en el sujeto la forclusión del Nombre del Padre? Algo hemos deslizado. Que

³ Lacan, J. (2015), "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" en *Escritos*, vol.2, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 552.

⁴ *Ibid.*, p. 526.

⁵ Lacan, J., "Observación sobre el informe de Daniel Lagache" en *Ibid.*, p. 623.

⁶ Lacan, J., "Del *Trieb* de Freud" en *Ibid.*, p.810.

⁷ Lacan, J. (2020), *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Paidós, p. 176.

falte este significante, esta letra en la tipografía⁸, en la que se funda cierto orden del significante, conduce a una ausencia de ley, esto es, de la interdicción de la madre. En otras palabras, la ausencia de este significante distinguido conduce al sujeto a un goce estragante y devastador que lo inunda y a una posterior disolución de lo imaginario. Contrariamente a la neurosis, en la que una identificación quebrantada es sustituida por otra más básica, en la psicosis la identificación fracturada conduce a un desastre progresivo de lo imaginario. En efecto, según Lacan, lo que mantenía al sujeto antes del desencadenamiento de la psicosis era una identificación con el deseo de la madre, que resulta desbaratada como consecuencia de un llamado al Nombre del Padre que no tiene su (co)respondiente en lo simbólico. Porque, como dice J. A. Miller en su *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*, la función del Nombre del Padre es, fundamentalmente, “una función a la cual uno hace un llamado”⁹. Sin embargo, en la psicosis el llamado revela un agujero, una ausencia, provocando un estallido del goce. De esta manera uno de los objetivos en la dirección de la cura es anudar y civilizar el goce mediante un síntoma de suplencia, una sustitución significante distinta de la ficción edípica, que reubique al goce en sus límites. No obstante, si el desencadenamiento de la psicosis es consecuencia de un llamado hecho en vano al Nombre del Padre, el analista debe evitar, precisamente, encarnar ese Padre ausente en lo simbólico presentándose al sujeto como un otro potencialmente gozador.

Sabemos que la forclusión no es la causa suficiente de la psicosis. Como dice Colette Soler, “no es *por* la forclusión que se diagnostica la psicosis. No se identifica la forclusión, sino sus efectos. La forclusión es como un axioma que da cuenta de los fenómenos”¹⁰. Para que se desencadene la psicosis hace falta una causa ocasional, que es aquella que produce una llamada al Nombre del Padre y que, por lo tanto, hace eficaz su deficiencia. El llamado se produce mediante un encuentro con Un-padre. “Basta para ello que ese Un-padre se sitúe en posición tercera en alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria $\alpha\text{-}\alpha'$, es decir, yo-objeto o ideal-realidad, interesando al sujeto en el campo de agresión erotizado que induce”¹¹. La aparición de *Un*-padre revela al sujeto la ausencia del artículo definido, la carencia de la función *el* padre. En este sentido, si el analista piensa que debe ocupar el lugar de una suplencia simbólica a la prohibición faltante, se presenta en el lugar del padre, de Un-padre, lo que desencadena la psicosis. El analista debe abstenerse cada vez que es solicitado como Otro fundamental, evitar atender la demanda por parte del sujeto a constituirse como sustituto del Otro malvado, de aquel que sabe y también goza.

La maldad del Otro está esencialmente ligada a la cadena significante. “Por el solo hecho de que un significante se enganche con otro, hay un efecto de significación, y si hay uno, puede haber otros. Dicho de otro modo, hay sobreentendido; [...] Siempre se puede interpretar de otra manera y, por eso mismo, hay sobreentendido. [...] Por lo tanto, la significación de malevolencia está asociada al simple hecho de que el

⁸ *Ibid.*, p. 151.

⁹ Miller, J. A. (2007), *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Paidós, p. 53.

¹⁰ Soler, C. (2004), *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*, Buenos Aires, JVE, pp.10-11.

¹¹ *Ibid.*, p. 552.

significante suplementario hace variar la verdad de un enunciado”¹². En la psicosis todo puede volverse signo. Por lo tanto, la negativa a predicar sobre su ser posibilita al sujeto la apertura de un vacío donde se ubicará su testimonio, la elaboración del delirio, constituyéndose el analista como un otro Otro, otro neutro que es un testigo y que, como tal, se le supone no saber, no gozar, sino acompañar al sujeto en su localización de la maldad difusa del Otro y en el acotamiento de su efecto devastador. Por un lado, el analista se retrae cuando es convocado por el sujeto a suplir, mediante su decir, el vacío de la forclusión y a llenar con sus mandatos esa falta. De esta manera, negándose a ubicarse en ese vacío, el analista evita la erotomanía mortífera. Por otro lado, como reverso de esa negativa, su operación consiste en limitar el goce del Otro, se hace “guardián de los límites del goce”, sosteniendo la función del significante ideal, único elemento simbólico que, ante la carencia de la ley paterna, puede pacificar el goce constituyéndose como barrera a éste y orientarlo.

La posición de “secretario del alienado”, que el analista debe encarnar en la psicosis, es opuesta a la del sujeto supuesto saber, porque para el sujeto psicótico ésta se constituye en la antesala donde aguarda un Otro amenazante. “Es que la movilización del sujeto supuesto al saber en la asociación libre, es equivalente a lo que designa como un llamado al Nombre del Padre. Si el análisis puede ser pensado como una paranoia dirigida, el problema con el psicótico es que su transferencia es paranoia desencadenada”¹³. Situar el dispositivo analítico en la psicosis desde una posición de sujeto supuesto saber, causa de división subjetiva, conduce al desencadenamiento como efecto de la transferencia. En la psicosis la transferencia está trastocada, no puede operarse con la interpretación, porque ésta no tiene cabida ante un goce no reprimido. Solo se interpreta el goce reprimido. Cuando el goce está desatado, solo puede elaborarse. En este sentido, el analista no debe proponerse como el que va a analizar el inconsciente que no hay, puesto que está “a cielo abierto”, sino como quien sostiene una “rectificación del Otro”¹⁴, no del sujeto, como en la neurosis, sino del Otro para introducir un Otro en el que funcionaría la regulación inexistente debido a la forclusión del Nombre del Padre.

El psicoanalista presta su significante y su presencia para soportar la transferencia delirante e intentar provocar mediante una maniobra simbólica sobre lo real una negativización del goce. En palabras de Eric Laurent:

Ayudar al sujeto a nombrar lo que resulta innombrable. No ayudarlo a delirar, sino a una nominación posible, traducción de lo que excede la significación. Ayudarlo a hacerse un nombre (no fijarlo en el significante amo), sabiendo que hay un principio de incertidumbre en la significación; hacerse un nombre significa que no hay otra identificación más que el proceso de búsqueda del nombre que se fija durante un cierto tiempo. Hacerse un nombre es alojarse en una traducción¹⁵.

¹² Miller, J. A. (2019), *Cuando el Otro es malo*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Paidós, p. 76.

¹³ *Ibid.*, p. 22.

¹⁴ Colette, S. (2021), *Estudios sobre psicosis*, Buenos Aires, Manantial, p. 28.

¹⁵ Laurent, E. (2011), *El sentimiento delirante de la vida*, Buenos Aires, Colección Diva.

Bibliografía

- Grass, G. (1982), *El Rodaballo*, trad. Miguel Sáenz, Barcelona, Plaza & James S.A.
- Lacan, J. (2015), "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" en *Escritos*, vol.2, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lacan, J., "Del Trieb de Freud" en *Escritos*, vol. 2, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lacan, J., *El seminario 18. De un discurso que no sería (del) semblante*, trad. y notas de Ricardo E. Rodríguez Ponte, Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J., "Observación sobre el informe de Daniel Lagache" en *Escritos*, vol. 2, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lacan, J. (2020), *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Paidós.
- Laurent, E. (2011), *El sentimiento delirante de la vida*, Buenos Aires, Colección Diva.
- Miller, J. A. (2019), *Cuando el Otro es malo*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Paidós.
- Miller, J. A. (2007), *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Paidós.
- Soler, C. (2004), *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*, Buenos Aires, JVE.
- Soler, C. (2021), *Estudios sobre psicosis*, Buenos Aires, Manantial.